

Síntesis Sociales

elaboradas por el

cial

IMPLICACIONES RELIGIOSAS DEL CAMBIO EN LATINOAMERICA

Por la crónica publicada en el número anterior de SIC, pág. 437, saben nuestros lectores la existencia del estudio titulado **IMPLICACIONES RELIGIOSAS DEL CAMBIO EN LA SOCIEDAD LATINOAMERICANA**, cuyo autor es el P. Renato Poblete, S. J. Estudio que mereció los calificativos de científicamente sólido, ameno y equilibrado en sus juicios. Creemos que merece amplia difusión por su carácter de síntesis atinada.

El Concilio Vaticano II alerta a los católicos sobre los cambios sociales.

Escrutar a fondo los signos de los tiempos es una de las tareas evangélicas que nos legó el Señor. La Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo de Hoy empieza diciéndonos que "hoy el género humano se encuentra en una nueva era de su historia, caracterizada por cambios rápidos y profundos... hay una auténtica transformación social y cultural que influye en la vida religiosa. Esta metamorfosis, como sucede en toda crisis de crecimiento, trae consigo no ligeras dificultades". "El tipo de sociedad industrial tiende poco a poco a predominar transformando radicalmente ancestrales concepciones y condiciones de vida social."

Características del cambio en América Latina.

Veamos con qué características se están dando estos cambios y cómo están afectando la realidad religiosa de América Latina. Recordemos primeramente que los cambios han existido siempre. Lo que caracteriza a América Latina es la globalidad y rapidez de ellos. Ha habido en la historia humana una transición de una forma de vida tribal a una forma feudal y luego a una forma industrial.

Diversos aspectos de la evolución humana

En la sociedad tribal la religión era coextensiva con la sociedad en todas sus manifestaciones. El hecho de nacer o ingresar al clan eran actos religiosos y sociales a la vez y asimismo todos los momentos de la existencia estaban penetrados de elementos religiosos.

Triple etapa recorrida por la sociedad humana.

Diverso modo de transmisión de las ideas a lo largo de los tiempos.

Las normas de conducta social son valoradas, no por su antigüedad, sino por su eficacia.

El avance de la tecnología impone la especialización y el continuo examen con miras al futuro.

En la sociedad feudal comienzan a diferenciarse otras estructuras tales como la política. Comienzan una competencia entre la política y la religión por el poder. Hay un nuevo estilo de relaciones que son más impersonales dentro y entre los grupos. Nacen sistemas políticos, económicos, educacionales y religiosos. Pero las personas que juegan un papel en esos sistemas conservan valores cristianos.

Los lazos sociales basados únicamente en el parentesco han ido desapareciendo en la sociedad moderna, dando paso a aquellos fundados en el contrato y la libre asociación. Cada vez es mayor la especialización y diferenciación social. El monopolio político-económico-cultural, que antiguamente tuvo un grupo social, ha sido quebrado.

El modo diverso de transmisión de ideas ha creado un nuevo tipo de personalidad. El sociólogo Reisman distingue primero la personalidad "dirigida tradicionalmente", esto es, formada por lo que recibimos de los antepasados, donde es la tradición una guía y modelo de comportamiento; tal sucede en las sociedades primitivas. Otro tipo de hombres es el que está "dirigido interiormente". Este tipo está ejemplarizado por el hombre del siglo pasado: él guía su comportamiento por ideas abstractas. Finalmente, el tercer tipo de personalidad es el "dirigido hacia los otros". El hombre de hoy está dotado de un radar interno que le va indicando lo que los demás piensan y valoran (The Lonely Crowd. A Doubleday Anchor Book. New York, 1955). A este tipo de personalidad le es difícil aceptar, por ejemplo, la autoridad percibida como proveniente de los padres o de los superiores. Las relaciones que van a predominar son aquellas establecidas como entre semejantes, en que se asignan responsabilidades y compromisos, aceptando cada uno su parte y sabiendo que sólo se acepta un mínimo de arbitrariedades.

Este nuevo tipo de relaciones de igual a igual pasan a ser características de la sociedad industrial. Si miramos al futuro habrá cada día una mayor libertad para elegir sus propios objetivos. Habrá menos preocupación con la lógica y las relaciones causales y una preferencia por cierta irracionalidad de las elecciones basadas más bien en actitudes y sentimientos.

Una característica importante de esta nueva sociedad será el predominio de las relaciones entre semejantes. Esto es debido a diversos factores: la presencia de valores eclécticos entre los grupos y aun entre los diferentes miembros de estos grupos. El pluralismo, tanto religioso como filosófico en el modo de ver las cosas, pide un respeto cada vez mayor por el hombre. Segundo, las normas más valoradas son las que están orientadas funcionalmente. Las normas o reglas en una sociedad de rápido cambio tecnológico deben tener una constante reevaluación de su objetivo y efecto. En la sociedad tradicional, el hecho de que una regla o norma sea más antigua y haya tenido más continuidad la hace más eficiente y aceptada, pero hoy no; si no es funcional puede ser más bien destructora del orden social.

Esta conclusión es real y puede producir dentro de cualquier sistema social y, por lo tanto, en el sistema religioso su destrucción, no debida a la rebelión de sus miembros, sino por lo irrevelante de las cosas que se piden, donde los que mandan, no conociendo esta realidad de la irrelevancia de estas reglas, siguen forzándolas tratando de que aún sean guías cuando no tienen ya ningún significado. Este es uno de los grandes desafíos a la Pastoral, a la legislación de la Iglesia como asimismo a las Reglas y Constituciones de las Congregaciones religiosas.

Otro cambio que debe ser mencionado es la continua especialización del trabajo pedida por el avance de la tecnología, que hace imposible para cualquier hombre ser un experto en las áreas que él administra. No puede haber ahora gobierno absolutista. Ningún Pastor puede guiar sin la ayuda del consejo de otros, de equipos técnicos que estudien y aconsejen.

Tenemos hoy una necesidad de constante examen de la estructura social mediante estudios sociológicos y antropológicos, entrevistas, censos, análisis de datos, una necesidad de planificación constante de nuestros medios para adecuarlos a las finalidades.

Necesidad de experimentar en nuevos caminos que sean suficientemente controlados y examinados para determinar la utilidad de la planificación para nuevas direcciones. Dejar posibilidad para los "profetas" que pueden ayudar a nuevas definiciones de una situación. Planes nuevos, esperanzas, posibilidades, emergerán sólo cuando los medios sean puestos en conformidad a los objetivos.

Mayor sentido internacional que desplaza los regionalismos y nacionalismos.

La comunidad, protección del individuo.

En el aspecto religioso es digno de analizarse el proceso de secularización.

La dependencia de un poder trascendente ha perdido el puesto estratégico que tenía en otro tiempo.

La religión judeo-cristiana, factor de desdivinización del mundo, al menos en parte.

Otra tendencia que no podemos ignorar es la toma de conciencia cada vez mayor de un sentido internacional que desplaza a los regionalismos y nacionalismos. Progresos en las comunicaciones y las técnicas de transporte han achicado el mundo. El bien común se va desplazando cada vez más con exigencias internacionales. Las culturas locales y las barreras nacionales pasan a ser más bien subsistemas para servir a la humanidad y no fines en sí mismos. En ese sentido se abre todo un mundo nuevo para la acción apóstólica que irá más allá de los pequeños límites en los que vivimos.

Otra tendencia en el mundo moderno es la búsqueda de comunidad como compensación por el anonimato que caracteriza a nuestra sociedad. La inseguridad, incertidumbre, la necesidad de sentirse integrado, hace que se busque de un modo a veces angustioso el dialogar con alguien.

El hombre busca comunidades que sean mediadoras entre él, su persona y el mundo político, económico, religioso. En todas partes se hacen esfuerzos para encontrar una seguridad que antes era dada por la familia, el vecindario. En los grupos pequeños es donde renacen el afecto, la amistad, el reconocimiento; en esos grupos se han encontrado los incentivos más poderosos para el trabajo, el amor, la oración. Esos grupos condicionan en gran parte la posibilidad de vivir una fe en un mundo en que los valores predominantes son tan diversos. La comunidad pasa a ser el oasis de refocilación y la fuente de energías para ser levadura y animación del mundo.

El fenómeno de la secularización

El otro elemento del cambio socio-cultural es el proceso de secularización. Hace poco más de un año apareció en Estados Unidos un libro llamado "The Secular City" (La ciudad secularizada). Este libro ha pasado de mano en mano, despertando arduas polémicas y pasando a ser un "best seller". Su autor, Harvey Cox, nos dice que una de las características de toda nuestra época moderna es el colapso de la concepción de una religión tradicional. La secularización es un movimiento que ha hecho época y marca un cambio en el modo como el hombre capta y entiende la realidad y la vida. El hombre está cambiando la concepción mitológica y tradicional que algunas veces tuvo como central en sus pensamientos. El mundo ha pasado a ser el mundo del hombre y responsabilidad del hombre, quien ha pasado a ser dueño y señor de su propio mundo. La secularización es la liberación del hombre de aquella concepción religiosa o metafísica que dominaba su razón y permeaba su lenguaje. El hombre ha perdido ese modo religioso o casi religioso de entenderse a sí mismo.

Este fenómeno ha sido descrito por muchos sociólogos. Max Weber identifica el proceso de secularización con el paso cada vez mayor hacia la racionalización que trata de comprender con la razón el mundo que nos rodea. Es una sistematización mayor, ya sea en la ciencia y en la tecnología como asimismo en el arte. Es una **demagificación**, un desencanto, es quitar los elementos mágicos que hacían que el hombre se moviera en un mundo casi encantado. Hay una pérdida del valor del símbolo.

Esa creencia, que uno podría llamar un reconocimiento espontáneo de que el hombre y su mundo dependen de un poder que trasciende las apariencias de las cosas y a quien el hombre debe reverenciar y de donde el hombre saca todas sus fuerzas, ha ido perdiendo el puesto estratégico que tenía en la sociedad occidental. Ese lugar ha sido ocupado por un terrenismo caracterizado algunas veces por la aceptación resignada de una espiritualidad troncada; otras veces, por un agnosticismo; otras, por una búsqueda hérpica de significación aun del absurdo de las cosas.

La secularización está ligada con este predominio de la relación técnica sobre la relación esencial. Ella, en el fondo, fue posible solamente cuando la religión judeo-cristiana desdivinizó el mundo. El paganismo, en su intuición más profunda, miró al mundo con una reverencia religiosa. Aun cuando la filosofía toma el lugar de un politeísmo crudo, permanece el alma inmanente dentro del mundo que está caracteriza por elementos esencialmente divinos. Aristóteles, mirando los datos biológicos, lo hace con reverencia parecida a la que Rudolf Otto llama la experiencia de lo sagrado que hace exclamar: "aun aquí los dioses están presentes". Erich Frank nos dice que el ateísmo, como lo entendemos hoy día, fue desconocido en la filosofía griega porque una negación radical de Dios era posible solamente cuando el

mundo ha perdido su carácter divino, cuando Dios es comprendido como un ser que está más allá del mundo, esencialmente aparte, tal como lo presentó la religión judeo-cristiana. La divinización del mundo, tan básica en el paganismo, es lo que aborrece el Antiguo Testamento.

Había en la visión del paganismo un aspecto positivo y un aspecto negativo. Aspecto positivo, que pudo ser reasumido por el cristianismo porque en el mundo se encuentra la "huella", el "vestigio" de la acción creadora de Dios. Aspecto negativo, en la medida en que no se trataba de la huella de un Dios trascendente y personal, sino de la inhabitación de poderes divinos o mágicos inmanentes en las cosas y que, por consiguiente, sustraían a éstas del dominio del hombre. Contra este segundo aspecto reaccionó la religión judeo-cristiana.

Así, pues, el judeo-cristianismo liberó al hombre de la prisión de las cosas, de los "tabús" con que éstas se defendían del imperio que el hombre pudiera tener sobre ellas. Liberó al hombre al "desacralizar" al mundo. En este sentido se puede decir que el judeo-cristianismo está en el origen de todo lo que hay de aceptable en la secularización que estamos observando.

Pero al cristianismo se mezclaron luego otras ideologías —heréticas— de tipo dualista. No sólo se anatematizó la "civilización" pagana del mundo, sino que se llegó a negar que la materia llevara la huella de Dios. Era ésta obra del Principio del mal. Así, lo único que podría interesar a Dios era el espíritu o el alma. Para salvar su alma, el hombre tenía que liberarla del cuerpo y apartarla lo más posible de toda sujeción a la materia.

Tal vez el hecho de que la actual secularización haya olvidado que el mundo entero es huella de las manos de Dios y, por consiguiente, capaz de ser descifrado y entendido como mensaje de su amor, se deba, en parte, a que los cristianos nos hemos dejado inficcionar largo tiempo por esta herejía dualista. Nos hemos desinteresado tanto del mundo como aquellos que descubrieron su valor y su consistencia y lo hicieron contra Dios y contra el cristianismo. El resultado ha sido muchas veces lamentable; un mundo incoloro, insípido, sin resonancias, mundo que no es sino "algo" para ser usado, manipulado, objeto de una relación puramente técnica, un mundo sin corazón porque no late en él el corazón de Dios.

¿No será posible, sin embargo, que el cristiano vuelva a encontrar, junto con el amor apasionado de la materia que caracteriza al mundo secularizado, la riqueza de armonías que le da su fe en la Creación, en la Encarnación y en la Resurrección de Jesucristo?

Elementos de secularización

Otros hechos históricos se aliaron para acelerar la secularización: el humanismo liberal, el protestantismo y el origen de la ciencia moderna. El humanismo nace junto con las clases laicas que hacen se pierda el monopolio clerical del saber. El protestantismo, por una parte, contribuye con una separación más absoluta del mundo, un pesimismo frente a lo humano y una mayor racionalización, con pérdida de lo simbólico. La ciencia acelera el proceso al ver el mundo como un objeto que no tiene relación esencial sino como un objeto que debe ser manipulado. Las cosas son observadas y medidas, no se busca el significado; si se usan símbolos son más bien los esquemas matemáticos. Ese modo de ver la realidad va haciendo que la materia, el mundo, las estrellas, la luna, vaya perdiendo los restos que le quedaban de mitológico, van desimbolizándose y perdiendo el carácter de referencia divina.

El hecho de que el origen de la ciencia representa una conquista gloriosa del espíritu humano es un juicio demasiado seguro de la historia para ser puesto en duda. El conflicto entre ciencia y religión se agravó por complicaciones accidentales, como el caso de Galileo, y una identificación exagerada de la doctrina cristiana con una posición filosófica determinada. El espíritu antirreligioso condenó a toda religión como mitológica. La religión sospechó de la ciencia y no fue capaz por mucho tiempo de hacer una síntesis entre la razón y la fe; esto llevó a una separación, impidió una respuesta armónica a los problemas del hombre. El protestantismo eliminó el problema al negar que la fe pudiese reclamar sus derechos frente a la ciencia y la razón; el catolicismo, insistiendo en que debería haber una síntesis, no tuvo

Otras tendencias de tipo dualista extreman la independencia de la materia respecto a Dios.

Existen otros factores de secularización.

Conflicto entre ciencia y religión.

en ese entonces una teología que explicara los fenómenos de la ciencia, y así ella creció, se desarrolló fuera de toda relación de Dios.

Se está elaborando una teología de lo temporal.

Ha habido un gran esfuerzo de parte de los teólogos en estas últimas décadas y mucho más aún en el Concilio, un deseo de bendecir en cierto modo los avances de la ciencia, de la tecnología. Por lo menos, se ha aprendido que ninguna cantidad de decretos eclesiásticos puede parar los trastornos sociales. Se está elaborando una teología de lo temporal que nos vuelva a dar una síntesis entre la ciencia y la fe. El mismo libro de Cox es un esfuerzo por mostrar las fuentes bíblicas de la secularización; postula una teología del cambio.

La secularización de la cultura es una señal de la existencia de un pluralismo cultural. Indica que ya no se está en una cultura monolítica. Ya no existe una coincidencia entre las estructuras sociales y las religiosas, entre los valores culturales y los valores y normas cristianos. En una sociedad monolítica todas las agencias de socialización transmiten un mismo conjunto de normas y valores. Lo que dice la Iglesia es repetido en la escuela, es vivido en la familia, es aceptado por la comunidad y, además, la presión social va a reforzar un comportamiento uniforme y castigar todo comportamiento disidente. El mismo sistema de autoridad vertical ejerce presión, que es aceptada sin mayor análisis.

La presión social es casi inexistente en la sociedad urbana y democrática.

La sociedad más igualitaria y democrática no acepta las ideas o costumbres impuestas desde arriba; se quiere analizar, discutir, participar, lo que dificulta sin duda la transmisión. La presión social en el mundo urbanizado es casi inexistente. Es cierto que esos elementos y esas liberaciones de la presión social harán que la aceptación de la revelación sea más libre y su respuesta más personal. Sin duda, es la secularización el elemento del cambio cultural que más afecta a la vida religiosa. La gran pregunta para nuestra pastoral es, como decíamos anteriormente, saber hasta qué punto estamos realmente en una situación de pluralismo y hasta dónde ha penetrado la secularización. ¿Estamos en una sociedad post-cristiana, cristiana o pre-cristiana?

La secularización no se da de un modo global en América Latina.

Se impone un análisis de ambas realidades. No se está partiendo de cero en la tarea evangelizadora. Grandes masas muestran signos de religiosidad que de ningún modo pueden ser despreciables. La secularización, tal como lo hemos descrito anteriormente, no se da de un modo global en América Latina. En todas las encuestas que se han realizado vemos que la población conserva aún ciertos valores, hay aún conexión con la Iglesia, hay elementos magníficos de los cuales se puede deducir o sobre los cuales se puede construir un cristianismo apropiado para las grandes masas. Las personas interrogadas en encuestas de opinión pública dicen, por ejemplo, no ir a Misa nunca sólo un 20 ó 30%, lo mismo respecto a los sacramentos. Sin duda, estos datos no son exactos, pero sí indican que aún conservan como un valor positivo este hecho religioso.

La Iglesia ante la masa y la élite

El dilema élite-masa hace acto de presencia en la Iglesia latinoamericana.

No podemos negar la existencia de un cristianismo masivo, con todas las características de una religión más primitiva, pero no por eso deja de ser cristiana o, por lo menos, está abierta al cristianismo y que principios básicos como el amor y el servicio a nuestros semejante se viven a veces mucho más de lo que pensamos. Sabemos que toda agrupación humana tiene sectores de élite y de masa, miembros activos y pasivos. Estos últimos no han alcanzado a ser socializados en profundidad y, sin embargo, logran captar al menos tenuemente ciertos valores y normas; tienen actitudes y opiniones que varían tanto en intensidad como en el significado que les atribuye. Esas masas son más simples, son emocionales, tradicionalistas. No comprenden la necesidad de perfeccionar y profundizar los elementos de su religión, no interpretan bien las fórmulas nuevas y las someten a sus propias tendencias.

Las creencias populares son una parte, a veces, deformada y mezclada en cierta medida con un patrimonio religioso ancestral. Tienen una tendencia a entretener leyendas y piden milagros, exigen garantías concretas, certidumbre de lo visible y concretamente perceptible. La tradición ejerce un

poder casi tiránico. La prosperidad y ventajas personales son móviles importantes. Necesitan la intercesión de seres más próximos al hombre, como los santos. Las creencias populares no son supersticiones, aunque pueden tener algo mezclado de ellas.

Toda Iglesia organizada se encuentra frente a un dilema. Por ser "Iglesia" y no secta tiende a ser universal y llegar a la conversión de todos los hombres, pero esta necesidad diluye un poco el mensaje primitivo, perdiendo algo de lo espontáneo, informal y carismático.

Por una parte, la captación total de un mensaje, sobre todo en su aspecto más racional, tiende a ser más individualista, más espiritual y vívido en su plenitud por una pequeña élite. En la historia de la Iglesia siempre han coexistido estas dos tendencias: grupos que desean vivir la "pureza" del mensaje en su totalidad y volver a la experiencia primitiva, y las masas que viven su fe en el mensaje recibido en un contexto de religiosidad popular. El catolicismo ha tomado y adaptado ritos y costumbres paganas con tal que ayuden a relacionar al hombre con Dios.

Toda pastoral realista ¿no tendrá que buscar en el folklore, en las procesiones, bailes populares, un camino abierto a la iluminación cristiana y hacer lo mismo en las otras manifestaciones humanas, como el deseo de justicia y en el servicio a los demás?

Esta apertura del cristianismo es otro desafío a la pastoral. No se trata de suprimir, como hemos dicho varias veces, símbolos por parecer estar sin contenido, sino llenarlos nuevamente de palabra. Si suprimimos esos signos y no agregamos lo UNICO que faltaba, que es la palabra, no estamos evangelizando. Infundir palabra para que el signo sea realmente cristiano. Palabra auténtica cuya exigencia no puede disminuirse aunque ella sea dura y muchos teman aceptarla. El fomentar **sin más** la religiosidad popular es negar darles el verdadero mensaje del evangelio y prestarnos a la confirmación de que la religión es el opio del pueblo; aumenta el sentido de frustración que pueden tener los sacerdotes y laicos en su labor apostólica.

Todo esto nos lleva a un trabajo serio y arduo para reorientar la religiosidad popular, esa religiosidad que muchas veces nos hace pensar que todos son aún cristianos en América Latina, que da un cierto contentamiento a muchos Pastores y que puede encerrar un grave peligro al pensar que no tenemos que hacer esfuerzos constantes para buscar nuevas fórmulas, que no debemos ensayar nuevos métodos, ya que sólo tenemos que preservar una fe que ya existe, aunque poco ilustrada. El gran problema es saber cómo lograr un equilibrio en la pastoral para no quedarnos en esta posición que puede ser suicida y que sería negar el dinamismo y la tendencia universal que hemos presentado anteriormente. Los datos estadísticos y los estudios socio-religiosos nos muestran en todos los países una situación nada optimista. Las estructuras actuales que tiene la Iglesia para evangelizar son insuficientes o poco aptas. Basta recordar el número de más de quince mil habitantes por parroquia como término medio para América Latina para ver la imposibilidad de cristianizar a todos los hombres. Más aún, el insuficiente número de sacerdotes cada vez menor en proporción a los habitantes y una pastoral casi exclusivamente basada en el trabajo clerical y con poca participación de las otras fuerzas vivas, como son las religiosas y los laicos, son hechos que no nos pueden dejar optimistas.

Los censos últimos en todas las naciones muestran una disminución de aquellos que se dicen católicos. Las encuestas de opinión pública en las que se pregunta su religiosidad nos muestran una disminución de aquellos que se declaran católicos, según sea el nivel educacional que tengan (con 1 ó 2 años de educación primaria, 90% se dicen católicos; con estudios universitarios, sólo el 67%).

Mucho más visibles aún son los datos de la práctica cultural y sacramental, como la asistencia a Misa, recepción de los sacramentos. En los lugares donde se ha hecho estudios serios vemos que esa asistencia media a Misa varía entre el 5 y el 20%, pero recordemos el gran porcentaje de mujeres y de niños comprendidos en estas cifras. Bástenos esos datos para comprobar que estamos en un mundo cada vez más pluralista y que la situación así llamada de "cristianidad" no existe y tampoco podemos añorar volver a ella.

Reacción de la pastoral si quiere ser realista.

Hay que saber cómo lograr un equilibrio entre el optimismo inmovilista y el dinamismo destructor.

Algunos datos sobre la realidad católica.

Posibilidades apostólicas ante los problemas del cambio

Varias conclusiones que se deducen de lo expuesto.

Resumamos: las tendencias socio-culturales de nuestra época ponen a la Iglesia una serie de desafíos y esperan una respuesta clara. Cada una de las tendencias descritas debe ser analizada. El nuevo tipo de personalidad dirigida hacia los otros impone una preocupación por el ambiente en que vive el cristiano, el uso inteligente de los medios de comunicación de masas y al mismo tiempo dar una imagen positiva de la Iglesia. El nuevo tipo de relaciones humanas más democráticas y horizontales nos llevará a revisar el tipo de gobierno eclesial como asimismo el uso de la autoridad en las comunidades religiosas. Se hará necesaria una participación mayor de todos los miembros, un gobierno más colegiado, como lo pide el mismo Concilio. La tendencia universalista nos recordará que, pese a la mayor autonomía y autoridad otorgada a los obispos, hoy no puede haber una pastoral diocesana verdadera si ella no se integra y coordina al nivel nacional y aun internacional.

La crisis de valores y el continuo cambio en esta civilización urbana y técnica nos hará postular una teología del cambio social y de la revolución para orientar cristianamente las nuevas estructuras.

Hemos dicho que nuestra sociedad latinoamericana se encamina de manera irreversible hacia una "secularización" cuyas características hemos tratado de describir. Pero hemos afirmado también que esta secularización no llega a todas partes con el mismo ritmo y que, junto con los rasgos generales de ella que se pueden observar en otras regiones del mundo, va adquiriendo en América Latina rasgos propios, determinados por mil factores socio-culturales y socio-religiosos autóctonos.

Se impone un sincero análisis de la realidad social realizado de consuno por sociólogos y teólogos.

Es evidente que esta realidad compleja y cambiante no soporta soluciones a priori. Y como los pastores no son omniscientes, es necesario que ellos se hagan asesorar por hombres formados en diversas disciplinas. Los sociólogos tendrán que observar los cambios en curso y la configuración de mentalidades que ellos determinan en cada región y en cada momento de la evolución cultural. Tendrán que detectar en particular los caracteres propios del comportamiento religioso. Para esto deberán hacerse asesorar por los teólogos con el fin de que no busquen "lo religioso" exclusivamente en los fenómenos en que ellos están acostumbrados a verlos, como los actos típicamente "culturales", sino también en actitudes más profundas, muchas veces, aunque más escondidas, como el anhelo de justicia, la generosidad, la caridad. Los teólogos, por su parte, deberán auscultar la imagen de comportamientos y actitudes religiosas que los sociólogos habrán descrito, para compararla con la imagen de la actitud de la fe y de religión que ofrece el cristianismo en sus fuentes bíblicas y entendidas a través de la gran tradición de la Iglesia.

De todas maneras, la secularización y el pluralismo a los que, de una manera u otra, nos encaminamos en América Latina, son realidades a través de las cuales Dios está tal vez "significando" algo a su Iglesia: que la desea más **abierto y dialogante**. Quiere decir que la Iglesia no deberá orientar su pastoral hacia la multiplicación de estructuras cerradas, en las que los católicos se encontrarán solos entre ellos. Tales "ghettos" no tienen porvenir.

En concreto, la secularización y el pluralismo actual imponen a la Iglesia una actitud abierta y dialogante.

Al contrario, cuando se trate de esferas propiamente temporales —como la acción sindical y política—, la Iglesia deberá dejar a sus fieles la amplia libertad que a todos compete (L. G. 37) en estos dominios, de tal manera que no caiga ella en la tentación de "instrumentalizarlos" para fines apostólicos de evangelización. Si los católicos piensan que deben agruparse entre ellos para obtener más eficazmente algunos fines temporales, la Iglesia no podrá impedirselo; pero se guardará bien de identificarse con ellos, como si el avance de un partido o de un sindicato de "inspiración cristiana" coincidiera con el avance del evangelio.

Habrà otras esferas mixtas, como la educación. Aunque los colegios católicos tienen una misión temporal, se realiza en ellos la síntesis entre el saber profano y la fe religiosa. No son los colegios católicos el único medio por el que tal síntesis puede realizarse. Pero allí donde lo sean —y lo son por ahora en casi todos nuestros países— la Iglesia habrá de tener en cuenta también la especificidad propiamente temporal de estas instituciones, de

Vigencia de la parábola evangélica: la levadura dentro de la masa.

tal manera que no se den por contentos los educadores católicos si, habiendo excelentes clases de religión, han formado hombres y ciudadanos mediocres, poco cultos, mental y culturalmente ausentes de la patria en que viven.

Habrà, por último, la esfera del trabajo propiamente evangelizador. En ella los católicos deberán también organizarse para vivir, cultivar y propagar su fe. Serà una élite que entra en contacto con la masa, se organiza y organiza y lo hace prescindiendo de esos falsos angelismos que pretenden que se sea levadura sin estar en contacto con la masa, que sea símbolo, pero que nadie lo conozca o que teme la institucionalización por los riesgos que acarrea la sobreinstitucionalización.

Directrices pontificias

Paulo VI, en su discurso a los Obispos de América Latina, les hablaba de una doble línea de acción de la Iglesia:

Intensa vida cristiana de los grupos de escogidos.

a) Una vitalización de la comunidad cristiana propiamente tal, con exigencias tales que hagan de ella la levadura de la masa, la sal de la tierra, la luz que ilumina y guía, que esos cristianos sean capaces de guiar a todo el pueblo de Dios. Serán grupos o comunidades de barrio, parroquias, movimientos apostólicos en que se reúnen para formarse y actuar hombres y mujeres conscientes de su cristianismo. En ellos se realizará, tal vez con más perfección que en otros, la idea de una Iglesia "universal", de esa Iglesia que, aunque no está compuesta de todos, o aunque la gran masa no se adhiera vitalmente a ella, sin embargo, no vive para sí misma como una secta, sino **para todos**.

Atención a la religiosidad de las masas.

b) Junto con esta línea hay que cuidar la religiosidad aún latente de las masas. **Elevar** todo "lo bueno y verdadero que entre ellos se da", sea bajo la forma de deseo explícito de Dios, de oración, de trascendencia, sea bajo la forma de anhelo de justicia, de honradez, de amor, de igualdad, de solidaridad humana. **Purificar** también la religión de todo aquello que no puede llegar a ser cristiano. Purificar no significa suprimir todas las formas en que se expresa el alma popular en su relación con Dios. Pero significa revitalización de estas formas con un contenido auténticamente evangélico, centrado en la Pascua de Cristo, y significa, por consiguiente, que nuestra pastoral no puede seguir siendo pastoral de puros "ritos", sino de "signos" explicados por una Palabra del Evangelio. Sólo de esta manera se logrará que los ritos no sean la expresión de sólo esferas instintivas del hombre.

La doble línea pastoral tiene carácter convergente. Nada de exclusivismos. Un solo rebaño.

Doble línea de trabajo pastoral, hemos dicho siguiendo a Paulo VI. Pero la imagen no nos debe hacer pensar en líneas paralelas que jamás se junten, sino más bien en una convergencia. Pues aquellos —seglares y pastores— que habrán visto con más lucidez las exigencias del evangelio, no podrán satisfacerse en sí mismos creyéndose ya los únicos cristianos auténticos. Deberán reconocer, con respeto y sinceridad, los valores cristianos que ellos no viven todavía y que se encuentran muchas veces con más pureza, aunque no tan lúcidamente expresados, en muchos gestos de religiosidad popular: pues la sencillez, la espontaneidad, el gozo expresado en bailes y cantos populares, la penitencia que se marca en arduas romerías, pueden ser todos valores evangélicos, precisamente porque expresan la entrega a Dios en cuerpo y alma sin condiciones. De ahí el infinito respeto y delicadeza con que los pastores habrán de predicar el Evangelio a gente que, por su sencillez y por la incondicionalidad de su amor —como el de la pecadora—, se halla tal vez mucho más cerca del Señor que otros más intelectuales —como aquel nocturno visitante, Nicodemo—. De ahí que todo el trabajo de elevación y purificación de la religiosidad popular, de que acabamos de hablar, se haya de hacer con tiento, dándonos cuenta de que no somos nosotros, en último término, los jueces de "lo puro y lo impuro", sino el Señor; y que su Espíritu trabaje tanto en nosotros como en ellos.

